

Archila Neira, Mauricio. *Idas y venidas, vueltas y revueltas: Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: ICANH-CINEP, 2003. 508 páginas.

Ricardo Sánchez Ángel

Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia

Profesor titular, Universidad Externado

El libro que comentamos en esta oportunidad del profesor e investigador universitario, el historiador Mauricio Archila, aparece en un momento de reavivamiento de las luchas sociales y movilizaciones populares en Colombia, en que simbólicamente, por lo menos en las últimas tres celebraciones del Primero de Mayo –pero la tendencia viene de tiempo atrás– se dio nutrida concurrencia de los trabajadores, de los sindicatos y sus centrales, en contravía de los que han expedido el acta de defunción al mundo del trabajo y sus organizaciones políticas.

El primero de mayo opera como laboratorio social, propiciando el reconocimiento de las fuerzas del mundo de los de abajo, y alimenta el análisis histórico-social y político. Se trata de calibrar el estado del arte de la protesta social y sus perspectivas de movilización. Y debe ser leído como punto de llegada y de partida del acumulado de luchas sectoriales y regionales, de carácter nacional como las jornadas del 16 de septiembre y el 12 de octubre del 2004, superando el retraso de nuestras luchas y en el contexto del impacto internacional de las movilizaciones en el continente: Bolivia, Argentina, Ecuador, Perú, Brasil, Venezuela..., que registran una dinámica de resistencia y alternativas en busca de salidas democráticas y populares a las crisis de las economías y sociedades. Se está retomando el paso erguido.

El primer mérito del trabajo de Mauricio Archila consiste en realizar su reflexión con base en una pesquisa minuciosa, debidamente documentada, con incursiones acertadas en la historia cuantitativa y en una mirada de amplia cobertura, logrando un relato histórico social de largo aliento. Su trabajo, como el de los protagonistas estudiados, es de maduración, y tiene el valor de la perseverancia, al no desfallecer durante el túnel, el periodo oscuro de dispersión y derrota vivido en los últimos veinte y tantos años, en que Archila y sus compañeros de investigación en la Universidad Nacional y el CINEP acompañaron el repliegue y los momentos de auge, auscultaron los resquicios posibles de las resistencias e insinuaciones de la protesta, y que están en oportunos trabajos anteriores.

En la larga introducción a este libro, Mauricio Archila desarrolla un registro comprensivo de las teorías de la Acción Social Colectiva, y de los distintos enfoques para orientarse en la conceptualización de su propia mirada. Lo hace sin detrimento de integrar a distintos autores y matices en un creativo eclecticismo teórico que le permite evitar el fácil, pero estéril, territorio del dogmatismo teórico. Subrayo su tratamiento de las categorías de clase social como ejemplo, que educa en la perspectiva de evitar confrontaciones superfluas:

Por clases sociales entendemos construcciones históricas que otorgan identidad a grupos humanos definidos a partir de su relación con los medios de producción. Esta definición se aparta de las que pretendían otorgarles un carácter cuasi natural y homogéneo. Aquí se hace necesario distinguir tres aspectos que, aunque relacionados, no implican igual grado de aceptación de nuestra parte: el análisis socioeconómico de la sociedad, la existencia de clases y, por último, la idea de la vanguardia revolucionaria del proletariado. Como queremos demostrar, se pueden aceptar las dos primeras premisas, aunque no en forma excluyente de otras dimensiones de la realidad. La tercera sí es insostenible hoy día. (p. 78)

Acerca de la relación entre las clases y los movimientos sociales, Mauricio Archila nos dice que las primeras son construcciones históricas que otorgan identidad a grupos humanos definidos a partir de su relación con los medios de producción, apartándose del esencialismo y el naturalismo. A su vez distingue tres aspectos, que aunque relacionados, se manifiestan y valoran desigualmente: 1) El análisis socioeconómico de la sociedad; 2) la existencia de clases; y 3) la idea de vanguardia revolucionaria del proletariado.

Para el autor lo socioeconómico es importante, dado que es insoslayable el estudio de las condiciones materiales de su existencia, oponiéndose razonable y enfáticamente al reduccionismo que se hace del conflicto social a la esfera productiva. Pero ello, no invalida, el necesario reconocimiento de la acción clasista, aún en épocas de identidades múltiples, como ocurre con las culturas y etnias negras e indias asalariadas, que son las que con pertinencia señala el autor.

Para Archila hay que superar dos extremos: el de reducir el espectro de los movimientos sociales a las clases o excluirlas para concentrar los conflictos en los movimientos sociales. De todos modos, para el caso de nuestras sociedades, dice el autor, lo económico crea identidades o afecta las que se construyen desde otras esferas.

Igualmente señala su oposición al papel de sujeto histórico revolucionario, en especial de la clase obrera por su carácter teleológico y, siguiendo a Castells, afirma que simplemente hay conflictos sociales y actores que se mueven en ellos. No hay una determinación obligatoria del progreso, que conduciría a reformas, radicalización de la democracia o transformación del orden establecido; ese es un asunto siempre en litigio en el proceso histórico.

Para Mauricio Archila, no obstante, su preferencia inequívoca es por el concepto de movimientos sociales, dice así: “El giro hecho en torno al análisis de clase nos confirma que en términos conceptuales es más apropiado hablar de movimientos sociales, pues al abarcar múltiples conflictos de la sociedad, sin olvidar el socioeconómico, constituyen una categoría más incluyente y, según nuestro criterio, desprovista del deber ser como sujeto histórico revolucionario” (p. 79).

Algo que está desarrollado en la obra y que en mi lectura me parece conclusivo, es la propuesta de una periodización de las luchas después de todo es

exigencia de la historia dar cuenta del tiempo en su entramado dialéctico. Archila es cuidadoso en su conceptualización de los periodos y por ello se pregunta: ¿ciclos de protesta? Contesta eludiendo respuestas cerradas:

Sin embargo, no dudamos de la capacidad explicativa de esta propuesta, pues sugiere homogeneidad en la acción colectiva y causalidades históricas observadas a partir de la economía o la política que no son evidentes para los años estudiados. En Colombia parece que la protesta ha sido más intermitente que cíclica y responde a factores muy complejos. (p. 176)

Se trata de una obra al mismo tiempo que historia social de los de abajo, de una historia contemporánea sin que se deslice a historia del acontecimiento o secuencial, la que es propia de la crónica y el periodismo cultural y político. Pero, hay allí una afortunada integración de los saberes de los estudios culturales, la historiografía británica de Thompson y Hobsbawm, de la India de Ranahit Guha, de los métodos sociológicos, la teoría política y, como ya lo subrayé, una apropiación de la disciplina estadística.

Hay en el libro en mención, una constitución del campo de lucha que determina e integra el conflicto social y sus incursiones en el régimen político, sin ser las más elaboradas, cumplen los parámetros de exigencia interpretativa. Satisface así las exigencias teóricas de la integralidad en el análisis, que a toda historia social de los de abajo corresponde una historia de igual signo de los de arriba.

Otras breves reflexiones a propósito de este libro.

El autor acertadamente introduce la reflexión sobre la justeza de las protestas, que viene desde las tradiciones del Derecho Natural, recreadas en la obra de George Rudé y E. P. Thompson. Destaca que el sentimiento de injusticia —una dimensión de la conciencia— lo descubren y experimentan los actores en sus prácticas sociales, presentándose en esta indignación más allá de lo inmediateista, pero en lo inmediato, un atisbo de emancipación, una afirmación de la dignidad de los humanos. Desde la crónica de Michael Kohlhaas novelada por von Kleist, sabemos que el mensaje de la indignación se da no tanto por el cuánto de injusticia sino por el cómo. Es el asunto de la conciencia digna.

La obra de Mauricio Archila es crítica del mesianismo de las vanguardias y partidos. ¿Podría decirse que es antiutopista, a pesar de sus claras simpatías por lo de abajo? ¿No son el principio de utopía y el principio de esperanza, no sólo inevitables, sino necesarios para la acción social-política emancipadora, lo que anticipa el deseo y el sueño? ¿Como lo enseñó Ernst Bloch?

El tema de la conciencia social, de los movimientos sociales y los géneros, tal como se estudian en este libro, deben preocupar al lector y los investigadores en el sentido de las preguntas por el espontaneismo, el economicismo, tradeunionismo, la política, el partido, los sindicatos y otros sujetos sociopolíticos. Al igual que

invita a reflexionar sobre las categorías de reforma y revolución, ¿son obsoletas? se infiere del escrutinio de Mauricio Archila. La necesaria y correcta crítica al vanguardismo y el mesianismo, ¿involucra invalidar la actualidad del partido político y la esfera de la conciencia revolucionaria como combinación de ciencia y pasión: guía para la acción?

La ampliación de actores colectivos y de formas de lucha es característica acentuada en el periodo estudiado de 1958-1990, lo cual implica la tendencia al descubrimiento de sujetos y protestas invisibles, marginales, ocultas, despreciadas en el olvido. Son los territorios de las nuevas identidades: lo étnico, el género, lo ambiental, lo cultural y de nuevo la evaluación del papel de los sectores medios. Este libro recupera para la visibilidad tales manifestaciones, con las valoraciones adecuadas sobre sus alcances.

No es menos importante la propuesta de Nuevo contrato entre investigados e investigadores, superando escollos de todo orden y reconociendo la complejidad y la dificultad del asunto. Mauricio Archila enfatiza, eso sí: “Definitivamente lo que no se puede hacer en estos tiempos, y menos en un país como Colombia, es callar” (p. 460).